

El juez debe proceder con orden y con calma, pero el amigo tiene derecho á conmovirse; Enriqueta! ¡Acaba! ¿A quién achacas el crimen? ¿Quién lo ha cometido?

—¡Yo! dijo Vandelle en voz baja.

—¿Cómo?

—Digo que yo he asesinado á mi mujer, murmuró.

—¿Tú? ¿Eso es imposible! ¿Y por qué? ¿Y cómo?

Y Vandelle respondió con voz temblona, lanzando en torno suyo asustadizas miradas.

—¡Estaba enamorado! ¡Estaba loco! ¡Ah! ¡Cuánto me ha hecho sufrir!

—¿Enriqueta?

—¿Eh? ¡Nó! ¿Quién habla de Enriqueta? dijo, admirado de oír pronunciar aquel nombre.

Repúsose un poco, y continuó diciendo:

—Es justo... quieres saber... Pues bien, hace algun tiempo que admití en mi casa un jóven... Federico Deschamps, un amigo, un compañero de infancia de mi mujer.... Se criaron juntos... Y ella... ella era, la que me incitó á admitirle en mi casa... Ella me habia hecho entrever... ¡qué se yo!... Ya te lo he dicho... ¡estaba loco!

—Continúa, y lleguemos al fin, al desenlace... Mas tarde, apreciaremos los detalles... Esta noche, ¿qué ha pasado?

—¿Esta noche? Esta noche... habia tenido una escena con ella... me habia anunciado que se marchaba.... Veia que con esta partida la perdía para siempre, y ya te lo he dicho, la adoro! ¡la adoro!

—Recobra la calma. Decias que esta noche, Enriqueta...

—Ah, sí! Enriqueta atravesó el salon en que yo me hallaba, parecia que iba temiendo ser sorprendida... bajó al parque, la seguí; se dirigió hácia el pabellon habitado por Federico Deschamps... Me oculté... entró en el pabellon... Federico la esperaba... Se pusieron uno al lado de otro, se hablaron en voz

baja... Entonces, yo me acordé de lo que ella me habia dicho... de lo que me habia prometido... No pensé mas que en mi amor, en mi pasion, apunté la escopeta que tenia en mi mano... disparé... oí un grito horrible, eché á correr..... y vengo á entregarme á la justicia.

Raynal miró al escribano que comprendió el pensamiento de su jefe, y con los ojos designó un ejemplar del código abierto encima de la mesa. Para aquellos dos funcionarios de la ley, el asunto, tal como se presentaba, perdía una gran parte de su gravedad: Vandelle se encontraba protegido por el Código Penal; en el artículo de las atenuaciones (1).

Pero su declaracion no bastaba: era preciso levantar un formal sumario, y el juez decidió dirigirse inmediatamente al sitio en que se habia cometido el crimen.

XIX.

Pusiéronse en camino. El juez marchaba á la cabeza con su escribano, despues seguia el alcalde, acompañado de su secretario, y venia despues Vandelle, triste, abatido, vacilante.

Los gendarmes habian recibido orden de dejarle en libertad, sin perderle, por eso, de vista; y cumplian concienzudamente su deber, mientras mantenian á distancia á los habitantes de G***, que intentaban mezclarse con la comitiva.

Habia algo siniestro en aquella larga hilera de hombres, caminando silenciosamente, en aquella sombría noche, y sobre aquel camino cubierto de nieve.

Cuantas veces habia intentado Fourcanade dirigir la palabra á Raynal, habian sido inútiles: el jóven juez, sumido en sus reflexiones, permanecia insensible á los gestos del alcalde. Dos

(1) Artículo que no existe en nuestro Código.

corrientes de ideas opuestas, chocaban, en aquel momento, en su imaginacion; por una parte, el juez principiante, dichoso por tener que tomar parte principal en un asunto que necesariamente habia de ponerle en evidencia, no podia menos de deplorar que Vandelle, en el caso presente, fuese legalmente *escusable*; y por otra, el hombre honrado, el hombre de corazon que se encuentra siempre en Francia detrás del magistrado, hallábase tentado de declarar inocente á uno de sus semejantes, y se alegraba de encontrar solamente un desgraciado allí donde habia pensado hacer presa en un criminal.

Cuando hubieron llegado á la verja del parque, marcharon directamente hácia el pabellon habitado por Federico Deschamps.

Criados, obreros de la fábrica vagaban por entre los árboles desnudos de hoja, ó formaban grupos en torno á la casa: animacion reinaba por todas partes.

Mientras que Vandelle permanecia cerca de la puerta entornada, con los gendarmes y los vecinos del pueblo, el juez seguido de su escribano y del alcalde, penetraron en la sala del pabellon.

Un quinqué, y algunos sarmientos que acababan de arrojar á la chimenea, iluminaban apenas aquella habitacion, y las diferentes personas que en ella se hallaban reunidas.

En el fondo, frente á la puerta de entrada, un grupo, compuesto de Federico Deschamps, de algunos servidores de la casa y de un médico que habian enviado á buscar á toda prisa á Montréjeau, se habia formado alrededor de un sofá sobre el cual reposaba la víctima de Vandelle.

Raynal, despues de haber paseado sus miradas por todos lados, hizo un movimiento para dirigirse hácia el grupo.

Pero Federico salió de él, y acercándose al juez, le dijo, con acento animado:

—¿Viene V. sin duda, á poner al asesino en presencia de su víctima?

—Señor mio, respondió el juez con voz severa, advierto á V. que se abstenga de usar epítetos, que ni yo mismo me atreveria á emplear.

La palabra asesino está tanto mas fuera de lugar en boca de V. cuanto que V. ha sido el cómplice de esa desgraciada mujer; V. ha armado á su marido contra ella, y V., en fin, ha sido la primera causa de este terrible drama!

Mas dueño ya de sí mismo, y alzando la voz para que todo el mundo le oyera, dijo al juez:

—Está V. en un grave error, caballero; pero no me estraña; es natural. Hasta ahora no debe V. haber oido mas que á Mr. Vandelle...! Este ha creido ver salir á su mujer de su casa, y dirigirse al pabellon que yo habito: inmediatamente, sin calcular si acaso no venia sencillamente á despedirse de su amigo de la infancia que partia al dia siguiente, ha pensado: «Es culpable! ¡Voy á matarla! ¡A matarla, para reconquistar «mi libertad, y vivir con la que amo...!» Y no ha recordado ni la honradez ni la pureza de su mujer, que debian preservarla de toda sospecha; ni de sus culpas personales, que podrian haber bastado para declarar inocente á la infeliz; y con premeditacion, tal vez sin cólera, de seguro sin celos, se ha convertido en asesino!

Raynal á su vez, alzó la voz, diciendo:

—Repito á V., caballero, que no tiene V. derecho á ser tan severo con un hombre á quien ha ultrajado V! El papel de acusador no pertenece á V!

—Sea! repuso Federico. No le acusaré, ella misma le acusará!

Volvióse, lanzóse hácia el grupo formado en un rincon de la sala, cogió por el brazo á una persona arrodillada ante el sofá, la llevó al lado de Vandelle, y colocándola ante sus ojos, le dijo:

—¡Mira, asesino!

Vandelle lanzó un grito de espanto. Enriqueta, á quien creía haber asesinado, surgia como un espectro ante su vista.

XX.

El jóven juez, á pesar de sus esfuerzos para no aparecer sorprendido por ningun acontecimiento, no pudo, en aquella circunstancia disimular su asombro.

—Pues entonces, dijo designando á Enriqueta, la señora no se hallaba aquí en el momento en que...

—La señora, repuso Federico interrumpiéndole, estaba en su cuarto cuando sonó el tiro. Sus criados la han encontrado en él, le han dado parte del crimen y ella ha querido seguirles, para prestar sus cuidados á la moribunda.

—¿Cuál es, pues la víctima? ¿Quién es esa persona á la que todo el mundo rodea y que no puedo ver? preguntó Raynal.

—Es Clara Meunier, respondió Federico; ó mejor dicho Ester Sandraz, la antigua querida de Vandelle. Sí, la mujer que él habia abandonado y vendido, se introdujo en esta casa en calidad de lectora, y escudada por un falso nombre. Quería vengarse de Vandelle, hacerle sufrir, porque él la amaba, no habia dejado de amarla. Tal vez ella tambien le amaba todavía, y pretendia ocupar la plaza de mujer legítima, espulsando á esta. Pero conquistada por Enriqueta, gracias á su rectitud, á su franqueza, á su bondad, renunció á sus designios, comprendiendo todo el horror que encerraban. Esta noche, sabiendo que yo partía, temiendo que Enriqueta, mi amiga de la infancia, mi hermana, acudiese á despedirse de mí y sospechando una violencia, una sorpresa por parte de Vandelle, se decidió á prevenírmelo. Y engañado por un abrigo que Ester habia encontrado en el vestíbulo y puéstoselo á toda prisa, Vandelle la tomó por su mujer, la siguió hasta este pabellon, y mientras

que ella me estaba hablando, confesándose conmigo, pidiendo perdon á Dios, él disparó cobardemente sobre ella.

—¿Y ha muerto? preguntó Raynal.

—Nó, pero el médico desespera de salvarla, y hace ya una hora que ha perdido el conocimiento.

—Entonces, esto es un crimen... ¡Por fin, he dado con un verdadero crimen! no pudo menos de murmurar el juez.

Al mismo tiempo se aproximó á los gendarmes y les dió en voz baja la orden de apoderarse del asesino.

XXI.

Vandelle comprendió sin duda esta orden, puesto, que en el momento en que los gendarmes iban á echarle la mano encima, dió un salto hácia atrás, atravesó los umbrales de la puerta, rechazó á las personas que se hallaban agrupadas delante del pabellon, se lanzó al parque, y protegido por la oscuridad de la noche, desapareció.

Entonces, movidos por un sentimiento unánime y espontáneo, los criados y los hombres del pueblo, reunidos ante el pabellon, emprendieron la persecucion del fugitivo. El hombre, sea cual fuere, tiene siempre instintos de cazador; resíentese de su primer origen, corre detrás de todo lo que huye. Acuérdate de los tiempos primitivos en que desnudo, sin armas, privado de todo, luchaba en agilidad con los animales necesarios para su subsistencia. Hoy, ya no corre tras la caza, pero empujado por una fuerza irresistible, lánzase en persecucion de su semejante, desde que este le presenta una ocasion. Si en nuestras calles, un hombre empieza á correr, en seguida diez, veinte, treinta personas, cuyo número va aumentando siempre, corren detras de él, sin saber por qué, por necesidad de correr, por instinto de cazador.

Pero, sin dejar por eso de seguir tan natural inclinacion, los habitantes de Montréjeau, hacíanlo dominados tambien por otra clase de influencias. Vandelle no era amado en su país. Encontrábanle indiferente á los intereses del pueblo, poco caritativo, duro y violento; echábanle en cara el hecho de haber desdenado durante largo tiempo su país, y cuando volvió, el de haber suprimido todas las buenas obras que acostumbraba á hacer su padre. Por el contrario, adoraban á Enriqueta de Loustal, á quien habian conocido desde niña, despues jóven soltera, y que ya mujer, habia siempre mostrado una inagotable caridad.

¡Y era á aquella hija del país, á la que los guias ancianos, recordaban haber conducido á la montaña, á la que el labrador veia, durante tantos años en la iglesia, piadosa y recogida; era á ella, á quien su marido habia intentado asesinar, habiéndose librado por milagro! Deseaban, pues, vengarla, castigar á Vandelle por sus desdenes, por su crueldad y corrian por eso detras de él, febrilmente, con verdadera furia.

Pero la noche era oscura; podia fácilmente desaparecer: entonces proveyéronse de teas y linternas, y se dispersaron por todos lados, intentando formar un gran círculo alrededor del fugitivo; organizóse una batida en regla. El tambor de la aldea se unió á la partida, y dejó oír sus redobles prolongados; y el sacristan de la iglesia de G***, que habia despertado sobresaltado por tanto ruido, creyendo que se trataba de un incendio, empezó á echar las campanas á vuelo.

Esta caza al hombre, en aquella noche, sobre tanta nieve, iluminada por tanta luz esparcida, en medio de tanto clamoreo, de tanto ruido, era lúgubrementepintoresca.

En el salon del pabellon Luis XIII, Enriqueta, en tanto, arrodillada, oraba al lado de Ester Sandraz.

XXII.

Ya no se veia á Vandelle. ¿Habriase refugiado en un asilo desconocido para todos? ¿Habria conseguido alcanzar la primera cordillera de montañas? ¿Escaparia, al fin, á sus perseguidores?

Comenzaban á creerlo, cuando se oyeron grandes voces por el lado de la estacion de Montréjeau. Eran los empleados del ferro-carril que señalaban la direccion del fugitivo á los otros grupos esparcidos por las cercanías.

Entonces corrieron por todas partes; el círculo se estrechó, y encerraron á Vandelle en límites mas cortos. No podia dirigirse á ningun lado, sin encontrar un enemigo, y al mismo tiempo, las antorchas reunidas en un solo punto, le iluminaban con su luz roja y humeante.

Aparecia en su traje de caza, con sus largas polainas; alto, ancho de espaldas, corriendo siempre hácia adelante, destacándose poderosamente de la nieve.

Parecia hallarse cansadísimo, y por momentos veíasele doblar las rodillas. Aquellos, á cuyo lado pasaba, y que no se atrevian á detenerle en su carrera, dijeron al dia siguiente, que le habian oido respirar con suma dificultad, saliendo de su garganta roncossonidos; que mientras corria, gesticulaba, pensaba en alta voz, gritaba como un loco.

Tal vez habia efectivamente enloquecido, despues de todas las emociones de aquella noche, perseguido como una bestia fiera, y con la idea fija de que era el asesino de Ester, de Ester á quien adoraba!

De repente, de igual modo que los locos que interrumpen su marcha, y vuelven sobre sus pasos, detúvose bruscamente, y arrojó miradas espantosas en torno suyo.

En aquel momento, hubieran podido alcanzarle, apoderarse de él, derribarle. Pero nadie se atrevió; aun asustaba su fuerza y su energía. Por el contrario, el círculo se ensanchó. Todos aquellos hombres reunidos, armados de fusiles, de garrotes, temian á aquel hombre desarmado.

Miraba él en direccion de su casa; intentaba, sin duda, descubrir entre las sombras de la noche, el pabellon donde agonizaba Ester.

Tal vez pensaba en atropellar los grupos que le rodeaban, en volver á su casa, á su parque; en correr hácia el pabellon, en penetrar en la sala, en volver á ver á Ester, por última vez, y morir al lado suyo.

Pero la multitud hacía cada vez mas compacta: todos los grupos aislados engrosaron el principal. Los tímidos se fortificaban al lado de los valientes; los guías de la montaña, inconscientes de todo peligro, avanzaban en pequeñas porciones, paso á paso, uno detrás de otro, sin prisa, pero tambien sin miedo, como en los dias de las ascensiones peligrosas.

Vandelle tuvo un momento de lucidez; comprendió que iban á apoderarse de él, á entregarle á la justicia como asesino; que no le dejarían acercarse á Ester, y que por consiguiente seria inútil su tentativa. Entonces se volvió, y emprendió de nuevo la fuga, dirigiéndose esta vez hácia el Garona.

XXIII.

Seguia á todo escape el camino que conduce de la estacion al puente de Montréjeau. Bien sea que se resolviese á escapar, é intentarlo todo para lograr su objeto, ó que el suicidio se le apareciera como su único refugio, deseando morir sin retardo, el caso es que corria con mayor viveza, con mas vigor que nunca, sin mirar atrás de sí, sin inquietarse de los gritos, conser-

vándose en el centro del camino, á igual distancia de los árboles y de las casas.

No tardó en llegar al puente.

Pero no debia recorrerlo en toda su estension.

Una gran parte de los habitantes de Montréjeau, despiertos hacia una hora por el ruido que desde el llano llegaba hasta ellos, habian abandonado las alturas de su aldea, dirigiéndose hácia el puente. Así es que formaban en una de sus estremidades, una masa compacta que el fugitivo no pudo franquear.

Volvióse y vió al mismo tiempo que no podia volver atrás; todos los que hasta entonces le habian perseguido, se hallaban ya reunidos en un solo grupo, y en la orilla occidental, cerraban el otro extremo del puente.

Encontrábase pues completamente cercado: á sus piés, á derecha y á izquierda, el Garona: detrás y delante, una multitud hóstil, amenazadora y rugiente.

Entonces, hostigado por todas partes, perdido, loco, desesperado quizás, subiése á la barandilla del puente, y despues de haber lanzado una última mirada al horizonte, se precipitó al rio.

XXIV.

Al dia siguiente, á la luz de la aurora, se encontró su cadáver á dos kilómetros de Montréjeau: la corriente le habia arrastrado toda la noche sobre los guijarros, haciéndole chocar contra las rocas y destrozándole en su rápida carrera.

El juez, acompañado del alcalde y de sus dos gendarmes, acudió á hacer constar la muerte de Vandelle. Cumplida esta mision, Raynal murmuró estas palabras:

—Al fin hallé un crimen, pero me faltó el criminal!

Aquel mismo dia, un cirujano de Tolosa, llamado por télé-

grafo, despues de haber examinado minuciosamente las heridas de Ester Sandraz, declaró que tal vez podria salvarla.

XXV.

Esta esperanza no salió fallida. La ciencia quirúrgica, consiguió una nueva victoria. Ester se halla hoy completamente curada.

Enriqueta la cuidó con una abnegacion ejemplar, como una verdadera hermana de la caridad. Pero aun no está contenta: despues de haber curado el cuerpo, desea purificar su alma, y todo hace creer que lo conseguirá.

En las elecciones que siguieron al 16 de mayo Fourcanade, gracias á unas cuantas carambolas, consiguió hacer triunfar el candidato oficial. Pero habiendo sido invalidado su diputado, todas sus simpatías se fijaron de repente, en un republicano, recomendado por el nuevo sub-gobernador, y á consecuencia de una partida de dominó, consiguió otra nueva victoria política.

No tardará muchos meses en asistir con su banda y su baston de mando, en calidad de padrino, á la boda que ha de celebrarse entre Federico Deschamps y Enriqueta de Loustal.

FIN DE LA MUJER DE HIELO.

¡ESCÁNDALOS DE PARÍS!

POR

QUATRELLES.

Con el fin de completar de la mejor manera la magnífica novela de A. BELOT que acabamos de traducir, nada para servirle de digno complemento, como extractar de un libro publicado por el eminente escritor que se oculta bajo el pseudónimo de QUATRELLES, algunos de sus mejores artículos, en los cuales con realista pluma pónense de manifiesto algunas de las escandalosas costumbres que aun hoy reinan en la famosa villa.